JOSEMARÍA ESCRIVÁ Y LOS JUDÍOS. RAZONES DE UNA PREDILECCIÓN

Joaquín García-Huidobro Correa*

Pocos meses antes de morir Monseñor Escrivá, en una reunión suya con varios miles de personas en Caracas, se levanta una persona joven y le dice:

–Padre, yo soy hebreo.

–¡Hebreo! Yo amo mucho a los hebreos, porque amo mucho –con locura– a Jesucristo, que es hebreo. No digo *era*, sino *es*: *Iesus Christus heri et hodie, Ipse et in saecula*; Jesucristo sigue viviendo, y es hebreo como tú. Y el segundo amor de mi vida es una hebrea, María Santísima, Madre de Jesucristo. De modo que te miro con cariño: sigue.

–Yo creo que ya la pregunta está respondida, Padre.[1]

La respuesta dista mucho de ser única. Con esas u otras palabras Monseñor Escrivá había repetido muchas veces, desde hacía décadas, la idea que para él –y en realidad para todo cristiano– los dos más grandes amores eran judíos.

En las páginas que siguen, se busca hacer ver cómo este hecho no es casual, sino que responde a un estricto deber de justicia que los cristianos

* Abogado. Doctor en Filosofía. Director de Estudios de la Universidad de los Andes, Chile; *jghc@uandes.cl*

[1] Cfr. Bernal, S. *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976, p. 263.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tenemos para con el pueblo judío y, al mismo tiempo, a las características del mensaje que este sacerdote español, muerto en 1975, venía difundiendo desde el 2 de octubre de 1928, fecha de fundación del Opus Dei.[2]

Trabajo y santidad

El mensaje del Opus Dei[3] se puede entender como un intento por sacar las consecuencias que están en las palabras maravillosas del Génesis que mandan al hombre trabajar y dominar la tierra:

"El espíritu del Opus Dei recoge la realidad hermosísima –olvidada durante siglos por muchos cristianos– de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano, puede convertirse en un quehacer divino. En el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría: todos son de mucha importancia.

"Para amar a Dios y servirle, no es necesario hacer cosas raras. A todos los hombres sin excepción, Cristo les pide que sean perfectos como su Padre Celestial es perfecto (Mt. 5, 48). Para la gran mayoría de los hombres ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo, y encontrar así a Dios en el camino de sus vidas".[4]

[2] Hay numerosas biografías de Escrivá, Josemaría (1902-1975). Entre ellas, cabe señalar: Peter Berglar. *Opus Dei. Leben und Werk des Gründers Josemaría Escrivá*, Salzburg, Otto Muller, 1983; Bernal, Salvador. *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976; Cejas, José Miguel. *Vida del Beato Josemaría*, Madrid, Rialp, 1992; Helming, Dennis. *Footprints in the snow*, New York, Scepter, 1986; Sastre, Ana. *Tiempo de caminar*, Madrid, Rialp, 1989; Sorgi, Claudio. *Il Padre. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Casale Monferrato, Piemme, 1992; Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei, 1. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997; Urbano, Pilar. *El hombre de Villa Tevere*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995; Cavalleri, Cesare & del Portillo, Álvaro. *Intervista sul Fondatore dell'Opus Dei* Ares, Milano, 1992; Gondrand, François. *Au pas de Dieu. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fondateur de l'Opus Dei*, Paris, France-Empire, 1982. Mons. Escrivá fue beatificado por S. S. Juan Pablo II el 17 de mayo de 1992.

[3] La bibliografía sobre el Opus Dei es muy amplia. Una introducción general se encuentra en: Le Tourneau, Dominique. *El Opus Dei*, Barcelona, Oikos-Tau, 1986 (t.o.: *L'Opus Dei*, P.U.F., París, 1985) y Messori, Vittorio. *Opus Dei. Una investigación*, Barcelona, EIUNSA, 1994 (t.o.: *Opus Dei. Un'indagine*, Mondadori, Milano, 1994).

[4] *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 55

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Éste es un mensaje que los primeros cristianos tenían muy claro. En su gran mayoría eran mujeres y hombres de trabajo que supieron encontrar a Dios en las tareas ordinarias que desempeñaban en medio del mundo. Sin embargo, por razones que no es el caso estudiar aquí, con el correr de los siglos el ideal de la vida cristiana, el modelo de santidad, se restringió particularmente a aquellas personas que abandonaban el mundo, dejaban sus quehaceres ordinarios y se retiraban a una vida más o menos apartada, pero distinta de la existencia corriente que llevan sus conciudadanos. En algunos casos, se pudo observar un menosprecio por las actividades seculares, por ejemplo el comercio. En otros, se las consideró como un obstáculo para el pleno desarrollo de la vida religiosa o al menos como algo distinto y ajeno a ésta.

Esta actitud negativa o al menos no suficientemente consciente de la dignidad del trabajo no parece haber estado presente en el judaísmo, pero sí es clara en buena parte de la historia del cristianismo. Daré tres ejemplos para ilustrar lo que digo.[5] Si se examina la regla de San Benito, uno de los patronos de la Europa Cristiana, se verá que en ella el trabajo desempeña un papel importante –*ora et labora*– como medio de ganarse la vida y combatir el ocio, pero no parece ser propiamente un medio de santificación. Y, en todo caso, el trabajo del que allí se habla es sólo el trabajo manual y –en su alcance– está lejos de ser el trabajo profesional con el que los hombres contribuyen a mejorar el mundo. El segundo ejemplo, es el del más grande teólogo del catolicismo, Santo Tomás de Aquino. Su *Suma Teológica*, que constituye una cumbre del pensamiento universal, no se preocupa del trabajo como medio de santificación. Es más, el Aquinate debe ocuparse de defender a las órdenes mendicantes contra sus críticos y mostrar que se puede buscar la perfección evangélica sin realizar trabajo manual, sino viviendo de la limosna. Aunque haya comprensibles razones históricas que lo expliquen, hay que reconocer que en la magnífica teología de Santo Tomás éste es un vacío importante. En tercer término, ya se ha hecho un lugar común el destacar cómo el catolicismo de origen hispánico ha presentado históricamente una actitud

[5] Para una historia de la espiritualidad del trabajo en el cristianismo, ver: Illanes, J.L. *La santificación del trabajo*, Madrid, Palabra, 1981, 9ª edición, pp. 44 y ss.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

más bien negativa hacia el trabajo, particularmente el trabajo manual y las actividades comerciales, que son consideradas indignas del hidalgo.[6] Para don Quijote, por ejemplo, la más noble de las actividades es la de las armas, y sólo en segundo lugar están las letras. El resto, son actividades serviles.

En ese contexto, Mons. Escrivá comienza a predicar en 1928 el ideal de la santificación del trabajo y la llamada universal a la santidad: "Hemos venido a decir –afirmaba en 1930– con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa –*homo peccator sum* (Lc. 5, 8), decimos con Pedro–, pero con la fe de quien se deja guiar por las manos de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados, que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad".[7]

Esto, en la España de los años 30 y 40, sonaba a una absoluta novedad. La doctrina de la llamada universal a la santidad aparecía a algunos ojos como una amenaza a la pervivencia del estado religioso. En efecto, si todos podían ser santos, ¿para qué, entonces, apartarse del mundo? En esa misma dirección, el hecho de que los fieles del Opus Dei no quisieran ser religiosos y trabajaran en todos los ambientes sin hacer ostentación de su entrega a Dios, fue visto por esos mismos críticos como una manifestación de secreto, sin percatarse que el llevar señales externas llamativas –como un hábito o distintivos especiales– no es propio de los cristianos corrientes. Por último, el no acomodarse a los moldes clericales entonces vigentes y recalcar, en cambio, la libertad política de los cristianos, negándose a plegarse a partidos o movimientos oficialmente católicos, que pretendían monopolizar la acción política de los cristianos, terminó por exasperar a sus detractores, que llegaron a la conclusión de que el Opus Dei era "una secta judaica" conectada con la masonería, y como tal fue acusado ante el Tribunal para la represión de la masonería, estableci-

[6] Por definición, el catolicismo es universal y no hispánico, germano o nipón. Sin embargo, al difundirse en determinadas naciones o medios culturales se destacan u opacan algunos de sus aspectos. En este sentido, meramente sociológico, se utiliza la expresión "catolicismo de origen hispánico".

[7] Cit. en Illanes, J.L. *La santificación...*, p. 32.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

do al acabar la guerra civil.[8] Como siempre, lejos de defenderse, la actitud de Escrivá fue "callar, rezar, trabajar, sonreír". Es más, confesaba con sencillez: "Yo no he necesitado aprender a perdonar, porque Dios me ha enseñado a querer".[9]

El valor de la libertad

La valoración positiva del trabajo y de las realidades temporales, va acompañada de una clara afirmación de la libertad personal, que tiene múltiples manifestaciones. Entre ellas, considerar que la tarea apostólica de los creyentes, es decir, la difusión de la fe por todos los ambientes, es algo a lo que los cristianos están llamados por el solo hecho del bautismo y no por mandato de la jerarquía. Además, uno de los aspectos que más llaman la atención cuando se lo conoce, es el respeto que existe en el Opus Dei por la libertad política. A las personas que se acercan a ella "la Obra no les propone ningún camino concreto, ni económico, ni político, ni cultural. Cada uno de sus miembros tiene libertad para pensar y obrar como le parezca mejor en ese terreno. En todo lo temporal los socios[10] de la Obra son libérrimos: caben en el Opus Dei personas de todas las tendencias políticas, culturales, sociales y económicas que la conciencia cristiana puede admitir".[11] Por eso, decía que "si alguna vez el Opus Dei hubiera hecho política, aunque fuera durante un segundo, yo –en ese instante equivocado– me hubiera marchado de la Obra".[12]

Que la Obra no intervenga en las decisiones políticas de sus miembros no significa que considere que la política es una actividad mala, sino muy por el contrario: ella constituye un campo de santificación en el que, dentro de los límites de la moral cristiana, los católicos mantienen

[8] Bernal, S. *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976, p. 249.

[9] Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 434.

[10] La denominación "socios" se debía a la configuración jurídica del Opus Dei en vida del Beato Josemaría. Luego de la erección del Opus Dei en Prelatura Personal habría que decir "fieles" o "miembros".

[11] *Conversaciones*, n. 48.

[12] Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador...*, p. 295.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

una amplísima libertad: "Soy amigo de la libertad porque es un don de Dios, porque es un derecho de la persona humana, porque, con libertad personal y responsabilidad personal, se hubieran evitado la mayor parte de los crímenes del mundo".[13] Sus fieles, por tanto, gozan de la misma autonomía que el resto de los católicos, y no representan al Opus Dei en sus actuaciones, sean éstas más o menos acertadas. ¿Y por qué a veces no se entiende esta verdad elemental? Porque el clericalismo es duro de morir, y tendrán que pasar todavía muchos años para que se deje de comprometer a la Iglesia y la religión en los asuntos temporales. Además, esta tendencia se vio históricamente agravada por la inclinación a establecer partidos únicos de carácter confesional, que constituyeran una suerte de mano larga de la jerarquía eclesiástica en los asuntos temporales (dígase, como atenuante, que en muchos casos esta clericalización de la política fue consecuencia de la irrupción de partidos anticlericales y se la consideró como la única defensa posible ante cierto laicismo militante).

Por otra parte, el amor a la libertad llevó a Escrivá de Balaguer a detestar los fanatismos y las simplificaciones maniqueas. Un ejemplo entre muchos: para nadie es un misterio que en su oposición al comunismo el gobierno franquista se acercó más de la cuenta a los enemigos de sus enemigos, es decir, a las potencias del Eje. En este peligroso acercamiento se evitaron conductas que pudiesen molestar a la Alemania de Hitler, impidiéndose, por ejemplo, la difusión de la Encíclica *Mit Brenender Sorge*, en la que el Romano Pontífice hacía una clara condena del nacional-socialismo.[14] La actitud de Mons. Escrivá se ve en el siguiente relato, que hace una persona, Domingo Díaz-Ambrona, cuya hija fue bautizada clandestinamente por Escrivá en 1937, época en la que se había desatado una fuerte persecución religiosa en Madrid. Años después, en 1941, "viajaba (en tren) con mi mujer y mi hija de cuatro años cuando don Josemaría, al vernos, nos reconoció, entró en nuestro departamento y nos dijo: 'A esa niña la he bautizado yo'. Nos saludamos, me dijo su nombre y estuvimos hablando de la situación histórica que atravesábamos. Nos encontrábamos en un momento decisivo de la historia de Europa:

[13] Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador...*, 291.
[14] Cfr. Vázquez de Prada, A. *El Fundador...* 217.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

recuerdo que yo tenía un gran deseo de llegar cuanto antes a las Navas del Marqués, para saber por la radio cómo iba el avance de las tropas alemanas en territorio ruso.

"Yo le comenté que acababa de regresar de un viaje a Alemania y había podido captar el miedo de los católicos a manifestar sus convicciones religiosas. Esto me había llevado a recelar del nazismo; pero, como a muchos españoles, se me ocultaban los aspectos negativos del sistema y de la filosofía nazi, deslumbrados por la propaganda de una Alemania que se presentaba como la fuerza que iba a aniquilar por fin al comunismo. Y quise saber su opinión.

"Por todas esas razones que acabo de exponer me sorprendió profundamente en aquellos momentos, la respuesta tajante de aquel sacerdote, que tenía una información muy certera de la situación de la Iglesia y de los católicos bajo el régimen de Hitler. Monseñor Escrivá me habló, con mucha fuerza, en contra de ese régimen anticristiano, con un vigor que ponía de manifiesto su gran amor a la libertad. Hay que hacer notar que no era fácil encontrar en España, por aquel entonces, a personas que condenasen con tanto claridad la raíz anticristiana del nazismo. Por eso, esa conversación, en aquel preciso momento histórico, en el que no se conocían aún todos los crímenes del nazismo, se me quedó profundamente grabada.

"Yo no soy del Opus Dei, pero mi experiencia personal me permite afirmar que quien sostenga una opinión contraria sobre el pensamiento en ese sentido de Josemaría Escrivá de Balaguer no busca más que empañar inútilmente la vida santa de ese futuro beato, que era un gran enamorado de la libertad".[15] Como destacó uno de sus colaboradores, Escrivá fue "un hombre que amó profundamente al pueblo judío y siempre condenó vigorosamente la tiranía", cualquiera que fuera, y particularmente aquella que dio origen al plan criminal que terminó en el Holocausto.[16]

En la base de esta actitud está también el rechazo del nacionalismo, pecado opuesto a la justicia y a un auténtico amor a la Patria. Por eso

[15] El texto del documento está recogido en: del Portillo, A. *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, realizada por C. Cavalleri, Madrid, Rialp, 1993, pp. 35-37.

[16] Cfr. Declaraciones de Mons. Álvaro del Portillo, recogidas en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 8 de enero de 1992, p. 9; entrevista en *La Stampa*, Torino, 18 de abril de 1992, p. 15.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

pudo escribir en *Camino*, su obra más conocida, unas palabras que le valieron numerosas incomprensiones en la España de entonces:[17]

"Ser 'católico' es amar a la Patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo.

"- ¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto".[18]

Por lo mismo, nunca se cansó de predicar ese espíritu abierto, universal y, por lo tanto, el absurdo de todas las formas de racismo. Con frecuencia repetía: "No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios. Todos hemos de hablar la misma lengua, la que nos enseña nuestro Padre que está en los cielos: la lengua del diálogo de Jesús con su Padre, la lengua que se habla con el corazón y con la cabeza, la que empleáis ahora vosotros en vuestra oración. La lengua de las almas contemplativas, la de los hombres que son espirituales, porque se han dado cuenta de su filiación divina. Una lengua que se manifiesta en mil mociones de la voluntad, en luces claras del entendimiento, en afectos del corazón, en decisiones de vida recta, de bien, de contento, de paz".[19]

Para reforzar esta visión universal decidió, en cuanto pudo, trasladarse a vivir a Roma. En efecto, si católico significa "universal", el hallarse físicamente en la Ciudad Eterna era una muestra más de que el Opus Dei, aunque había nacido en España, no conocía fronteras. Pero también tuvo que descubrir que incluso en Roma había mentalidades que no comprendían ese espíritu universal. Lo vio con ocasión de la larga batalla que tuvo que dar para que la Santa Sede le permitiera admitir como cooperadores del Opus Dei a no católicos, entre ellos no cristianos, como los judíos, e incluso a personas que no profesan ninguna religión. Los cooperadores no son miembros del Opus Dei, pero colaboran con su oración, con su trabajo y sus limosnas, en sacar adelante las iniciativas de bien público que los fieles de la Obra, junto con otras personas, promueven

[17] Cfr. Vázquez de Prada, A. *El Fundador...*, 290.

[18] Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, n. 525.

[19] Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*, n. 13.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

en todo el mundo. Desde el principio Mons. Escrivá había experimentado una gozosa realidad: muchos no católicos, entre ellos anglicanos, judíos y protestantes eran un gran apoyo para el Opus Dei, y mostraban una generosidad muchas veces heroica.[20] Por tanto, le parecía una obligación de justicia el que pudieran ser nombrados cooperadores. Pero había un problema: los cooperadores forman una asociación unida al Opus Dei y éste, a su vez, es parte de la Iglesia Católica. En los años 40 y 50 esto era inaceptable para muchos dignatarios eclesiásticos. Y tuvo que luchar largo tiempo –en un "filial forcejeo"– hasta que al final le dieron la razón, en 1950.[21] Con alegría contaba, muchos años después, que en sus encuentros con S. S. Juan XXIII –que sí tenía una especial sensibilidad hacia los no católicos– le decía que en el Opus Dei no se había aprendido el ecumenismo de él, sino que era algo permanente, intrínsecamente ligado a su espíritu.[22]

Este espíritu ecuménico y estas iniciativas eran una realidad muchos años –décadas– antes del Concilio. De ahí que diversas personalidades que participaron activamente en el Vaticano II han reconocido en Mons. Escrivá no sólo a un precursor del Concilio sino también a una de las personas cuyas ideas más influyeron en sus documentos.[23]

Con todo, su cariño por los no católicos nada tenía que ver con el indiferentismo o el irenismo. Muchas veces comentaba que sería un

[20] Un ejemplo entre muchos otros, es el de Samuel Cambi Levy, sin cuya ayuda no habrían salido adelante diversas iniciativas que miembros del Opus Dei impulsan en Guatemala en favor de los más necesitados (entre Mons. Escrivá y don Samuel se desarrolló una profunda afinidad), cfr. Rodríguez Pedrazuela, A. *Un mar sin orillas. El trabajo del Opus Dei en Centroamérica, recuerdos sobre los comienzos*, Madrid, Rialp, 1999, pp. 192-8.

[21] Para más detalles, cfr. de Fuenmayor, A.; Gómez-Iglesias, V.; Illanes, J.L. *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona, EUNSA, 1989, pp. 253-4, nota 64.

[22] Cfr. *Conversaciones*, n. 46.

[23] Valgan, por todos, las siguientes palabras de Juan Pablo II: "Realmente es un gran ideal el vuestro, que desde los comienzos se ha anticipado a la teología del laicado, que caracterizó después a la Iglesia del Concilio y del posconcilio. Tal es el mensaje y la espiritualidad del Opus Dei: vivir unidos a Dios en medio del mundo, en cualquier situación, cada uno luchando para ser mejor con la ayuda de la gracia, y dando a conocer a Jesucristo con el testimonio de la propia vida. ¿Hay algo más bello y más apasionante que este ideal? Vosotros, insertos y mezclados en esta humanidad alegre y dolorosa, queréis amarla, iluminarla, salvarla. ¡Benditos seáis y siempre animosos en este vuestro intento!", de una alocución a un grupo de miembros del Opus Dei, 19 de agosto de 1979.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

absurdo que él anduviera vestido con una "funda de paraguas" (aludiendo a su sotana), que no es precisamente una indumentaria muy atractiva, si no fuese porque pensaba que era verdad la religión de la que su sacerdocio era una manifestación.[24] Pero esa convicción, que es la base de un auténtico ecumenismo,[25] iba en él acompañada de un exquisito respeto por la libertad de las conciencias. Así, decía en 1956: "Yo defiendo con todas mis fuerzas la libertad de las conciencias, que denota que a nadie le es lícito impedir que la criatura tribute culto a Dios. Hay que respetar las legítimas ansias de verdad: el hombre tiene obligación grave de buscar al Señor, de conocerle y de adorarle, pero nadie en la tierra debe permitirse imponer al prójimo la práctica de una fe de la que carece; lo mismo que nadie puede arrogarse el derecho de hacer daño al que la ha recibido de Dios".[26] Por eso, si alguien era maltratado a causa de sus ideas, él sentía de inmediato el impulso a ponerse de su lado. (Además de las persecuciones que había sufrido personalmente, en su propia familia había sufrido las consecuencias de la intolerancia: varios siglos antes, su pariente Miguel Servet había sido quemado en la hoguera por la Inquisición calvinista.) Esta combinación entre una firme adhesión a sus convicciones y una profunda comprensión por los que pensaban distinto, despertaba el inmediato aprecio en los no católicos que lo trataban. Entre muchos otros, el psiquiatra vienés Viktor Frankl, judío de religión, destacaba: "Si debo decir lo que de su persona me fascinó particularmente, fue ante todo la serenidad refrescante que de él emanaba e iluminaba toda la conversación; después, el ritmo inaudito con que su pensamiento fluye y, finalmente, su asombrosa capacidad de contacto inmediato con sus interlocutores".[27]

Otro capítulo importante en su aprecio por el pueblo judío estaba dado por las Escrituras que tenemos en común, el Antiguo Testamento. Esta parte de la Biblia, físicamente la más extensa, ha sido por desgracia algunas veces desatendida por los cristianos. No sucede lo mismo con

[24] Bernal, S. *Apuntes...*, 263.
[25] Cfr. Escrivá de Balaguer, J. *Amar a la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1986, 3ª ed., p. 18.
[26] *Amigos de Dios*, n. 32.
[27] Cit. en Bernal, S. *Apuntes...*, 146.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nuestro autor, cuya predicación y escritos están llenos de referencias implícitas y explícitas a estos libros sagrados. Aparte del Pentateuco, son constantes sus citas de los Salmos, Isaías y los demás profetas. Así, Abraham es presentado como nuestro modelo en la fe, su sacrificio nos enseña que debemos estar dispuestos a entregar nuestra vida entera a Dios, ya desde la juventud, como Isaac. La vocación de los profetas es el modelo de toda llamada[28] y las relaciones del alma con Dios se ilustran de la mano del *Cantar de los Cantares*.[29] Pero si hubiese que nombrar una figura que le atrae especialmente es la de David. Este rey, que baila enamorado ante el Arca de la Alianza, nos muestra que a Dios hay que quererlo con el mismo corazón que tenemos para querer a los hombres, que debemos literalmente enamorarnos de Él.[30] Y David penitente se hace modelo para cuando tenemos la desgracia de ofender a nuestro Creador. Escrivá se definía a sí mismo como "un pecador que ama con locura a Jesucristo". Por eso el Rey David era para él una figura especialmente humana, accesible y cercana.[31] No es casual que todos los días, antes de acostarse, recitara el Salmo 51 (50).[32]

Por otra parte, si del Génesis sacábamos el apoyo para dominar la tierra y trabajar, en el Levítico (11, 44) encontramos el impulso fundamental para nuestra vida, a saber, la llamada a ser perfectos como Dios es perfecto. Pero Dios es un amante celoso, que no se satisface compartiendo y reclama toda nuestra generosidad. No podemos ofrecerle el sacrificio de Caín.[33] Por eso las detalladas prescripciones del Levítico nos debían mover también a los cristianos a ser cuidadosos en el culto divino, a no regatear nada a Dios, a emplear materiales nobles en la liturgia:[34] "Los enamorados no se regalan trozos de hierro, ni sacos de cemento, sino cosas preciosas; lo mejor que tienen: cuando ellos cambien, cambiaremos nosotros".[35]

[28] *Amigos de Dios*, nn. 22, 312.
[29] *Amigos de Dios*, nn. 237, 277, 302, 310, etc.
[30] Cfr. *Forja*, 974.
[31] *Camino*, nn. 216, 183.
[32] Cfr. Vázquez de Prada, A. *El Fundador...*, 323.
[33] Cfr. *Forja*, 43.
[34] Bernal, S. *Apuntes ...*, 306.
[35] Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador...*, 440.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Lo visto en las páginas precedentes ayuda a entender que cuando Mons. Escrivá repetía, ante muy distintos auditorios, que los grandes amores de su vida eran dos judíos, no estaba diciendo simplemente una frase de circunstancia, sino sentando un principio básico de la vida cristiana.

Así las cosas, no puede extrañar el que entre los sueños de su vida estuviese el poder ir a Jerusalén y visitar Tierra Santa. Por diversas razones no pudo cumplirlo. Lo hizo en cambio su sucesor, Mons. Álvaro del Portillo, en el mes de marzo de 1994. Ésas fueron para él jornadas de oración muy intensa, que –sin saberlo– lo prepararon para el encuentro con Dios, pues falleció a las pocas horas de volver a Roma de ese viaje.

Mons. del Portillo fue su más cercano colaborador durante 40 años y pudo conocer con detalle y luego continuar la herencia espiritual de Mons. Escrivá. Parte integrante de esa herencia es el amor al pueblo judío, nuestros hermanos mayores en la fe, como se los ha denominado con feliz expresión.[36] Su aprecio por los judíos, sin embargo, llama menos la atención que el de Mons. Escrivá, ya que se desarrolló en un periodo muy distinto de la historia de la Iglesia, una época en la que ya habían caído viejos prejuicios y comenzado una época de entendimiento y profundo aprecio.[37] Gracias a Dios, en esta materia no necesitó ser un pionero, ya que había recibido la enseñanza de ese sacerdote, Josemaría Escrivá, precursor de la doctrina y la actitud que difundió el último Concilio.

[36] Véase, por ejemplo, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, cuando dice que "Israel es el pueblo sacerdotal de Dios" (cf. Ex. 19,6), el que "lleva el Nombre del Señor" (Dt. 28,10). Es el pueblo de aquellos "a quienes Dios habló primero" (MR, Viernes Santo 13: oración universal VI), "el pueblo de los 'hermanos mayores' en la fe de Abraham" (n. 63).

[37] Para una recopilación de documentos que dan cuenta de esta actitud: Figueroa Araya, J. (ed.), *La Iglesia y el judaísmo*, Santiago de Chile, 1991.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Lo visto en las páginas precedentes ayuda a entender que cuando Mons. Escrivá repetía, ante muy distintos auditorios, que los grandes amores de su vida eran dos judíos, no estaba diciendo simplemente una frase de circunstancia, sino sentando un principio básico de la vida cristiana.

Así las cosas, no puede extrañar el que entre los sueños de su vida estuviese el poder ir a Jerusalén y visitar Tierra Santa. Por diversas razones no pudo cumplirlo. Lo hizo en cambio su sucesor, Mons. Álvaro del Portillo, en el mes de marzo de 1994. Ésas fueron para él jornadas de oración muy intensa, que –sin saberlo– lo prepararon para el encuentro con Dios, pues falleció a las pocas horas de volver a Roma de ese viaje.

Mons. del Portillo fue su más cercano colaborador durante 40 años y pudo conocer con detalle y luego continuar la herencia espiritual de Mons. Escrivá. Parte integrante de esa herencia es el amor al pueblo judío, nuestros hermanos mayores en la fe, como se los ha denominado con feliz expresión.[36] Su aprecio por los judíos, sin embargo, llama menos la atención que el de Mons. Escrivá, ya que se desarrolló en un periodo muy distinto de la historia de la Iglesia, una época en la que ya habían caído viejos prejuicios y comenzado una época de entendimiento y profundo aprecio.[37] Gracias a Dios, en esta materia no necesitó ser un pionero, ya que había recibido la enseñanza de ese sacerdote, Josemaría Escrivá, precursor de la doctrina y la actitud que difundió el último Concilio.

[36] Véase, por ejemplo, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, cuando dice que "Israel es el pueblo sacerdotal de Dios" (cf. Ex. 19,6), el que "lleva el Nombre del Señor" (Dt. 28,10). Es el pueblo de aquellos "a quienes Dios habló primero" (MR, Viernes Santo 13: oración universal VI), "el pueblo de los 'hermanos mayores' en la fe de Abraham" (n. 63).

[37] Para una recopilación de documentos que dan cuenta de esta actitud: Figueroa Araya, J. (ed.), *La Iglesia y el judaísmo*, Santiago de Chile, 1991.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei